

do caso, tú aseguras que nos viste salir.

—Pero...

—No hay peros. Muy temprano nos abres y dices que son los del cuarto número 15 que tomaste. Te acuerdas?

—Pues cómo no.

—Cuenta con una gratificación gorda, muy gorda, lo entiendes?

—No tenga su mercé cuidado. Yo no duermo esta noche.

—Arreglado.

Carlos salía en este momento del cuarto para averiguar lo que pasaba. Manuel lo puso al tanto en pocas palabras, el criado fué á hablar con el gendarme y los dos jóvenes volvieron al cuarto.

—Qué sucede? preguntó Clara.

—No lo dije! exclamó Manuel con tono jovial, su padre de V. manda un recado, diciendo que aún cuando se tarden más de lo acostumbrado, ustedes deben estar tranquilas, porque un asunto imprevisto les ha detenido.

—Qué será? dijo Lupe. Les habrá sucedido algo?

—No, nada absolutamente, se apresuró á decir Manuel.

—Pero bien, agregó Clara, quién trajo ese recado y de dónde?

—El criado no me lo explicó, contestó Manuel. Simplemente me dijo que un enviado de D. Trinidad venía á tranquilizar las niñas, por si estuvieran con cuidado.

—De todos modos, es muy raro, dijo Lupe.

—Alguna visita. Los habrán detenido á comer, cualquier cosa, en fin, cualquier cosa, dijo Manuel. Vamos á destapar otra botella á la salud de...

—A la salud de V., dijo Carlos al oído de Lupe.

—No lo permita Dios, se nos va á subir, y buena cuenta daremos á papá de nosotras; yo no tomé más.

Usted no sabe, dijo Manuel, con tono pedante, que la Academia de ciencias de París ha declarado el Champagne imperial, el tónico más inofensivo que se conoce? Yo he llegado á tomarme sólo cinco botellas,

y me he quedado firme. Por otra parte, el Champagne imperial es un preservativo contra el tifo y otras enfermedades contagiosas. En México no se mueren más que los pobres. Nótele V. Las personas que toman Champagne imperial nunca se enferman.

Al decir estas palabras salió el tapón de la botella con tal estrépito, que el vecino del cuarto inmediato que estaba acostándose, salió al pasadizo y preguntó en voz alta:

—¡Qué sucede! ¡Quién se ha suicidado!

—Un suicidio! gritó un joven que entraba. Quién, quién ha sido ese desgraciado?

—A dónde? á dónde? preguntaron los criados que subían.

—Aquí en el 13, ha sonado el tiro, dijo el primer vecino. Pregunte V., ordenó al criado, pregunte V., en el 13.

El criado llamó á la puerta con estrépito.

—¿Quién gritó Manuel. Adentro!

Entró el criado, azorado.

—¿Qué quieres?

—Dicen que aquí ha sonado un tiro de pistola.

—¿Qué tiro ni qué nada; no ves que es el champagne.

—El champagne! repitió un coro de voces de todas las personas que habían acudido al pasadizo; ¡el champagne! ¡el champagne!

Manuel asomó con la botella en la mano, y

—Es champagne, repitió para acallar á aquella gente. ¿Vds. gustan?

—Mil gracias, gracias, dijeron algunos retirándose.

Manuel llenó las copas después de haber cerrado la puerta, disimulando su contrariedad. Aquel incidente había venido á cambiar todos sus planes, y á poner la situación más y más delicada. Ya no era posible pasar desapercibido, lo habían visto allí muchas personas y todos sabían en el Hotel que en el cuarto número 13 habían tomado champagne. Eran ya las once de la noche, y este incidente si bien tranquilizó á los vecinos respecto al individuo, los in-

dujo á hacer sobre el hecho los comentarios á que daba lugar.

—Quién vive en el 13? preguntó el vecino del 11 que no podía olvidarse del susto producido por el champagne.

—Son los fuereños, le contestó el joven que se retiraba cuando sonó el taponazo.

—Qué fuereños son esos?

—Una familia del Interior.

—¡Y hay muchachas!

—Dos.

—Hum!... refunfuñó el vecino del 11 á la puerta de su cuarto y acabándose de quitar la corbata.

—Pero oiga V., agregó el joven con aire misterioso; lo que hay aquí de notable es que en el 13 estarán ahora solo las niñas.

—Y los niños?

—Sí, dos niños finos....

—Que destapan champagne á las once de la noche haciendo un ruido de los diablos.

—Por eso digo que son niños finos.

—Está la fineza!... en fin, buenas noches, amigo.

—Buenas noches. Espero que no destaparán otra botella.

—Que las destapen, pero sin alarmar á los huéspedes. Buenas noches.

El administrador del Hotel, á cuyo conocimiento había llegado el rumor de un suicidio, hablaba con dos criados tomando nota de lo que había pasado, y averiguó como era, que D. Trinidad y D.^a Candelaria estaban ausentes, y que las niñas tenían visitas, una de las cuales era la que había causado aquella falsa alarma.

Como esta clase de noticias se propagan con increíble rapidez, las mujeres del figón contiguo al Hotel comenzaron á preguntar por el matado.

—Se mató uno allí arriba decía una cocinera desgrefñada.

—Eso dicen, D.^a Mariquita; aquí con el ruido de la manteca no se oye nada.

Los criados del hotel, gratificados aquella noche por Manuelito, y que le habían ofrecido no dormir, hacían visitas continuas al figón en solicitud del tequila.

—No se ha matado nadie en el hotel, aseguraba Luís.

—Todo fué una botella de champagne que tronó como pistola.

—Eso dice V. porque es de allá. Yo le preguntaré al gendarme, dijo otra cochambrosa.

Mientras esto pasaba alderredor del cuarto número 13, la calma se había restablecido aparentemente en el Hotel y había vuelto á reinar el silencio. Manuel sabía que doña Trinidad y D.^a Candelaria estaban en la carcel y que esto no podía menos que ser por algún asunto grave; pero esta circunstancia en vez de alarmarlo, la consideró propicia á su pluma. Sabía que podía disponer de dos cuartos y que tenía por suya toda la noche. Pudo todavía obligar á las muchachas á tomar otra copa de champagne, y entre él y Carlos dieron cuenta bien pronto del contenido de la segunda botella.

Clara estaba asustada y apesar de su turbación comprendía que aquella situación no podía sostenerse por más tiempo. Lupe

y Carlos se habían salido al balcón con el pretexto de ver llegar á D. Trinidad, y Manuel solo con Clara había llegado á ese período de excitación de embriaguez en que se hacía insoportable.

